

depositado. Ni una sola inscripción guiaba en aquel laberinto; y la carencia de flores hacía aún más solitario aquel paraje de eterno reposo. La idea negativa, de destrucción y aniquilamiento, que la muerte evoca ante todo, era allí más visible, más hondamente conmovedora que en los cementerios lujosos de las ciudades; pero también emanaba de aquella sencillez, de aquel prescindimiento de todo artificio que ocultase la realidad ó descubriese el roce de las vanidades humanas, una sensación más viva de descanso, de paz, de rompimiento con el mundo. Y Juan se sintió reconfortado por esta sensación, que le quitaba toda crueldad al hecho de la muerte, señalándolo como libertador. Para la ciega Isabel, así había sido.

Al salir nuevamente al campo, una de las mujeres que habían asistido al enterramiento se acercó á Juan y le tocó en un hombro:

— Buenas tardes, señorito.

Juan miró, sorprendido del saludo.

— ¿No me conoce usted? — insistió ella.

Más que la cara, el timbre de la voz trajo el recuerdo; pero muy vago, sin precisar.

— Yo bien me acuerdo del señorito. No se me olvidará nunca la caridad que hizo conmigo en Samanet.

Rápidamente, el cuadro del mercado de agua volvió á presentarse á la memoria de Juan; y reconoció entonces á la infeliz labradora, víctima del engaño de los albalaes.

■■■■■■■■■■

XLIII

— ¿Cómo usted por aquí? — preguntó Juan.

— La difunta era parienta mía, de las pocas que me quedaban — contestó la mujer — y como mi marido no podía venir...

— ¿Sigue enfermo?

— No está muy bien, señorito. Él es poca cosa y trabaja mucho... La pobreza no tiene otro remedio. Somos siete de familia, señorito. ¡Ya puede figurarse!

Reparó Juan en el traje de la mujer, que denunciaba claramente su miseria. Era negro, descolorido y remendado en algunas partes; y el mantón que cubría cabeza y busto mostraba, aquí y allá, agujeros y repasos.

— ¿No tienen ustedes tierras? — preguntó de nuevo Juan.

— ¡Ah, no señor! No tenemos nada. Estamos de caseros, y no nos dan más que habitación y los jornales, cuando hay trabajo. ¡Si no fuera por unos bancales que el amo nos deja en arriendo!..

Pero á lo mejor viene una sequía, ó un pedrisco y todo se pierde.

Hablaba la mujer con tono resignado; no como quien pide ó protesta, sino como quien explica su situación, que cree invencible. Y seguramente, nada de lo que contaba era exagerado. A más de su traje, denunciábanlo así la demacración de su rostro, en que era difícil traslucir los restos de una juventud, indudablemente bella, á través de los destrozos de un rápido envejecimiento. Los ojos mostraban todos los signos de una oftalmia crónica, producida quizá por el esparto.

Aunque Juan intentó despedirse, para dejarla que siguiese á sus compañeras, la mujer insistió en acompañarle hasta el pueblo. Seguramente, creía que era esto una atención debida á quien tuvo misericordia de ella en momentos de gran apuro. Veíase bien que estaba profundamente agradecida y que buscaba el modo mejor y más expresivo de manifestarlo.

Las otras dos mujeres se quedaron por el camino, en casas distintas y Martín se había marchado apenas terminó el enterramiento. Siguiéron, pues, hasta Villamar, don Vicente, su sobrino y la casera, hablando unas veces de la difunta, otras de las dificultades de la vida campesina. Pero la mujer volvía muy á menudo á su tema, que era recordár lo ocurrido en el mercado de Samanet. Repitió todos los pormenores, que le habían quedado hondamente impresos; refirió la sorpresa de su marido, cuando ella le contó lo que había

pasado, y se excusó de no haber ido á dar las gracias expresamente á Juan.

— En aquellos momentos, no supe quién era el señorito. Luego me lo dijeron; y como á don Vicente lo conoce todo el mundo, hicimos ánimo de ir á Ronesa. Pero bien puede dispensarnos don Juan. Aparte de las faenas y las enfermedades, mi marido es muy vergonzoso. Considere el señorito que hasta tiene vergüenza de hablar con el amo, sobre todo si es cosa de pedir que aguarde para cobrar el arrendamiento.

A medida que avanzaban, la casera iba volviéndose más locuaz, creciendo en familiaridad, con ese aplomo que las gentes del campo adquieren prontamente, en cuanto se les otorga cierta confianza. Reaparecía en ella la comadre, charlatana y entrometida. Contó una porción de cosas de sus amos, de los caseros y labradores vecinos, dejando entrever un vivo sentimiento de envidia hacia los ricos, á quienes, «salvo los presentes», creía incapaces de toda buena acción.

— Siempre ha sido así, ya lo sé — añadía, á modo de comentario. — El pobre siempre sale perdiendo.

Cuando se despidió, en el cruce que llevaba á Ronesa, anohecia.

— Me he entretenido mucho con los señoritos — dijo. — Todavía tengo que andar más de una legua y voy á llegar muy tarde. Pásenlo bien y dispensen.

— No hay de qué, mujer — contestó don Vicente. Pero así que anduvieron unos pasos, añadió

bajando la voz: — ¡La Magdalena te guíe, hija mía! Creí que no acababas de hablar en una semana. ¡Vaya un pico!

— Sí, habla un poco más de la cuenta — observó Juan. — Pero la mitad de esa incontinencia, es hambre.

— ¡Hombre, no tanto! — exclamó don Vicente. — No digo que si comiera mejor no disminuyesen algunos de los motivos de su chismografía. Pero el hablar demasiado es vicio independiente de la bucólica. Ahí tienes á Amparo y á Samper, pongo por caso.

— Verdad — dijo Juan, sonriendo de la ocurrencia de su tío. — Pero esa pobre gente es muy digna de lástima. Bien se vió, cuando lo de Samanet, lo que para ellos era gastar una peseta más.

Realmente, aquel encuentro con la casera había impresionado mucho á Juan. Volvió á traerle á la memoria sus lecturas sobre los riegos y á recordarle, también, sus propósitos de intimar con la vida de los campesinos y de servirles de algún modo, á la manera que su tío lo hacía. Puesto que había determinado quedarse en Villamar, era preciso que no se quedase como un simple egoísta. La realidad le estaba llamando la atención á cada momento sobre las infinitas miserias de todas aquellas gentes, que consumían su cuerpo inclinadas sobre el terruño. Era preciso hacer algo, coadyuvar á la tutela tradicional de los Galvis, mejor, á la de don Vicente, que era más humana. E invenciblemente, á medida que daba vueltas y

vueltas á esta idea, que ya no le abandonó en toda la noche, Juan veíase arrastrado otra vez á la cuestión del agua, obsesionado por las conclusiones á que llegó cuando la discusión famosa con el alcalde y el maestro, sintiendo otra vez la comezón de la lucha, el deseo (que en él convertíase pronto en necesidad) de convencer á todos aquellos infelices del deber en que estaban de renovar las campañas tradicionales para modificar el vicioso estado de derecho que sufrían ahora.

— No saben — decíase — no se han dado cuenta aún de la causa del mal y de la facilidad del remedio. Es una obra meritoria; en rigor, es un deber mío abrirles los ojos. En cuanto vean claro, es cosa hecha; ellos mismos la cumplirán.

Volvió á enfrascarse en la lectura de historias y alegatos, para afianzar bien su pensamiento, aspirando, como en las épocas de su mayor actividad madrileña, á dar, juntamente con la excitación para la reforma, el plan acabado del régimen que había de organizarse. Esta labor le sedujo y le entretuvo dos días, en un arrebató de productividad tanto más impetuoso cuanto más tiempo había tenido ociosas las fuerzas intelectuales. Encerrado en la biblioteca, trabajaba, procurando enterarse bien, atar todos los cabos, hacer una obra práctica que pudiese ser entendida por los labradores y por las oficinas públicas, de cuya perspicacia tenía pésimo concepto. Pero apenas trazadas las líneas generales que llegaban hasta determinar el articulado del Real Decreto ó de la ley en que habría de

resolverse el conflicto, observó que aun le quedaban muchas dudas y puntos oscuros á que los libros no sabían responder.

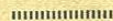
Volvió entonces á sus paseos por el campo, pero no para reflexionar, sino para preguntar á los labradores mismos una porción de cosas que, muchas veces, cogían de nuevas á los mismos interesados. Al principio, evitó hablar con su tío y con los pudientes del pueblo. Respecto de aquél, reteníale cierto inexplicable y secreto temor de que desaprobara sus gestiones. No sabía bien por qué, no tenía motivos concretos para afirmar nada; pero instintivamente ocultó sus planes á quien parecía colocado en situación de ser su más íntimo consejero. A los pudientes, les temía por otras razones. Todo el que tiene algo que perder, es prudente; no le gusta verse comprometido. Recordaba bien la conversación tenida el día de la patrona. Buscó, pues, con preferencia á los humildes; y al par que les sonsacaba noticias y juicios, ahondando en la conciencia social de aquella injusticia que perseguía, iba sembrando en ellos el germen de la persuasión en punto á la posibilidad de remediar el estado de las cosas y á la ventaja de lograr ese remedio.

Los más, desconfiaban. Otros, aleccionados por el espectáculo de los cambios políticos, suponían que don Juan, si tomase á empeño la cosa allá en Madrid, la lograría. El tío Luna fué de los más entusiastas y de los que más pronto se hizo cargo del plan. Era un labrador completo, fanático de la

tierra. Para él, el refrán característico del país: «Arroz y sol nunca hay bastante», se trocaba en este otro: «Sol y agua, nunca hay bastante». En cuanto á lo primero, no había queja en la llanura de Levantina. Lo segundo faltaba y era preciso conseguirlo.

Juan volvía de sus paseos diversamente impresionado, según la acogida que hallaba: animado unas veces, porque veía apuntar el convencimiento sólido en aquellas cabezas poco avezadas á pensar, pero sutiles en punto á las cosas que tocaban al interés; desconsolado otras, notando cómo fluctuaba el ánimo de muchos, temerosos siempre de las consecuencias y antes inclinados á echar todo el peso de la acción sobre el señorito que á conceder un concurso que no creían necesario. En rigor, esta era la nota dominante. Pero á medida que se dibujaba más y más claramente en el curso de las conversaciones con los labriegos, Juan iba acentuando su decisión, exaltándose en un grado mayor, creciéndose ante las dificultades. Concluyó por perder toda serenidad, por convertir aquella empresa humanitaria en un empeño personal, febril y terco, que nada podía detener; y cambiando de táctica, pensó en conquistarse el apoyo de los de arriba, de las contadas personas que podían pensar algo y ver la trascendencia del asunto.

Entonces, se dirigió nuevamente al Estudiante, al maestro, al cirujano y á los labradores más ricos de Villamar, cuyo interés en la solución proyectada le parecía á él indudable.



XLIV

Después de almorzar, don Vicente bajó al despacho para escribir una receta que necesitaba uno de sus enfermos pobres. Apenas se había sentado, cuando apareció Cristóbal.

— Venía á ver si estaba usted aquí todavía — dijo.

— ¿Pues qué ha'y? — preguntó el anciano.

— No sé. El alcalde acaba de llegar y dice que quiere hablar con usted dos palabras.

— Dile que entre.

En cuanto vió la cara del alcalde, don Vicente se dió cuenta de que traía algún mensaje ó pretensión difícil. Don Quico parecía, en efecto, muy preocupado, y adivinábanse los esfuerzos que hacía para encontrar una manera discreta de decir su propósito. Pero don Vicente, á quien sobraba experiencia de la socarronería aldeana, no hizo nada por su parte para sacarle del apuro.

— Tú reventarás — se dijo.

Y esperó, mientras hablaban de cosas indiferentes, á que el alcalde diese luces. Al fin, éste se atrevió.

— Mire, don Vicente... yo no sé si lo que voy á decir le parecerá bien ó mal. Si usted está enterado, entonces no he dicho nada... Veríamos, trataríamos... Pero yo creo que usted no está enterado... y, en fin... de todos modos, para mí es un conflicto.

— ¿Y qué es ello? — preguntó don Vicente, sin sospechar aún de qué se trataba.

El alcalde se rascó una de las sienes, en que le quedaba algo de pelo. Luego sacó la petaca y encendió un pitillo, como quien busca ganar unos minutos antes de soltar una noticia grave.

— Pues... eso de don Juan — dijo al cabo.

— ¿Qué de don Juan? ¿Qué le pasa á mi sobrino? — exclamó don Vicente levantándose de un salto, como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

— ¡No se asuste usted, don Vicente! — dijo el alcalde levantándose también y extendiendo las manos como quien para una acometida. — No le pasa nada... No es cosa que le pase á él, sino que me puede pasar á mí... digo... me figuro.

— Explíquese, hombre.

— Pues mire. A lo que parecé, á don Juan se le ha metido en la cabeza revolucionar al pueblo por eso del agua... y ya ve usted, don Vicente..., el conflicto...

El anciano se calmó un poco al oír esta explicación. Volvió á sentarse, y dijo:

— Bueno. Vamos á hablar tranquilamente. Entéreme usted de todo punto por punto. Se me figura que la cosa no ha de ser tan grave.

— ¡Ay, sí, señor!, grave lo es. Pero, por lo visto, usted no sabe nada, absolutamente nada.

— Si no dice usted más...

— Allá voy. El día de la fiesta, don Juan tuvo conmigo y otros cuantos una discusión. Quería convencernos de que nuestro deber era trabajar para que desapareciese el agua vieja, y toda la del pantano se reparta entre las tierras que se cultivan. Estuvo algo fuerte, sí señor... Pero como oye uno tantas opiniones, y al fin, eso de discutir es cosa de todos los días, pasó aquello y ya no me volví á acordar ni de las ideas del señorito. Ahora vuelve otra vez con lo mismo; pero, ¿cómo? Quiere celebrar una reunión de todos los vecinos, para explicarles su plan, firmar una exposición al Gobierno y qué sé yo cuántas cosas. Ya hay muchos entusiasmados con el proyecto y hasta decididos á llevarlo por la tremenda... Y don Juan lo hace, vaya si lo hace... Yo no digo que no tenga razón; pero, ya ve usted; si les calienta la cabeza á estos bárbaros destripaterrones y se arma otra como la de los consumos de hace tres años, ¿en qué apuro no me pone á mí? Considere, don Vicente, mi situación... Yo no quiero ofender al señorito en nada; pero, en fin, mañana es domingo; si don Juan mueve á la gente que acude al mercado y á misa... ya sabe usted cómo son, y á mí... á mí...

El alcalde sudaba la gota gorda, buscando el

equilibrio entre sus temores y el deseo de no molestar ni á Juan ni á don Vicente.

El anciano le atajó, diciéndole con gran tranquilidad:

— Creí que era cosa más grave. Está usted ofuscado y exagera mucho. Mi sobrino no es ningún niño y sabe bien hasta dónde se pueden llevar las cosas para no cometer una indiscreción. Por ese lado, puede usted estar tranquilo.

— Dispénseme, don Vicente... — balbuceó el alcalde; — no es de don Juan de quien temo... sino de los otros... de los otros.

— Conforme. Pero los otros no se moverán sino en la medida en que se les excite; y mi sobrino tiene demasiada experiencia de esas cosas para no medir el alcance de sus excitaciones. Por otro lado, no me negará usted que, dentro de los límites que usted tiembla de ver excedidos, la iniciativa es muy lícita y muy laudable...

— No, si yo estoy conforme; créalo usted, don Vicente. A mí me parece bien eso del agua... Don Juan da pruebas de tener un gran corazón... Sólo que... que se me figura... ¡vamos!... se me figura trabajo perdido.

— ¡Quién sabe! — concluyó don Vicente. — Pero, en fin, por ahora, vaya usted tranquilo, le digo. Yo intervendré en la cosa.

— ¡Ah, si usted interviene — exclamó el alcalde, sonriendo por primera vez desde que empezara la visita; — todo marchará á pedir de boca!... Lo que á mí me preocupaba — añadió insistiendo en

la adulación — es que usted no estuviese enterado y le cogiera de sorpresa.

— ¿Enterado? Sí, algo lo estaba, porque mi sobrino ha dicho y ha hecho delante de mí cosas que revelaban bien su idea... Conque, deje usted correr los sucesos y no se apure por adelantado.

Y con una palmadita en el hombro y una broma final, despidió al alcalde, quien salió de la casa, si no tranquilo del todo, confiado en que don Vicente conjuraría *el conflicto*.

■■■■■■■■■■

XLV

Quien ahora estaba intranquilo era don Vicente. No le preocupaba mucho la cosa en sí, aunque su temperamento pacífico, su táctica social, habilidosa y suave, le hicieran poco simpáticos todos los movimientos que llevaran, más ó menos explícito, un sentido de imposición. Su experiencia de la vida le había dado á conocer una verdad innegable: la de que se consigue más pronto y con menos esfuerzo pidiendo amistosamente, como un favor, aun lo justo, que enseñando los puños desde el primer momento; y utilizaba esta enseñanza en favor de sus protegidos con habilidad suma, sin creerse rebajado por aquellas gestiones en que hacía servir á sus propósitos humanitarios las mismas pasioncillas y vanidades de gentes á quienes, en su fuero interno, despreciaba, ó de quienes se reía en secreto.

Esta experiencia concordaba admirablemente